



Autobiografía y sociedad en «La Sigea»

Marina Mayoral Díaz

Universidad Complutense de Madrid

El valor literario de la obra narrativa de Carolina Coronado es muy inferior al de su obra poética. Sus novelas sólo resultan interesantes desde un punto de vista sociológico o en la medida en que ofrecen datos sobre las ideas de la autora, muy aficionada a las digresiones. En este sentido sus primeras novelas son un buen testimonio de la lucha que las escritoras del XIX sostenían frente a la sociedad para defender su derecho a escribir y a hacerlo con las mismas libertades y prerrogativas de que gozaban sus colegas masculinos. A falta de valores literarios, *Jarilla* o *Paquita* podrán citarse como textos de denuncia de la opresión sufrida por las mujeres y de la defensa de sus derechos.

El caso de *La Sigea* es más complicado porque, aunque no faltan en ella ejemplos de posturas feministas, lo que predomina es una visión pesimista sobre las posibilidades de una igualdad social entre los sexos. Y si hubiera que caracterizarla con una frase habría que decir que es la constatación de una derrota. En ella Carolina, basándose en hechos históricos, viene a decir a sus contemporáneas: la situación de las mujeres ha sido injusta y lo sigue siendo, pero de momento no hay remedio y yo tiro la toalla.

La novela que escribió después, *La rueda de la desgracia*, carece de todo interés, literario o sociológico, ya no hay ni la rebeldía del comienzo ni la amargura de *La Sigea*. Coronado acepta el canon que impone la sociedad a la literatura de mujeres y escribe un aburridísimo relato de carácter pedagógico y moralizante.

La Sigea tiene, pues, el interés añadido de ser la última obra en la que aún late el espíritu que convirtió a Carolina Coronado en pionera de una literatura femenina

reivindicativa de una mayor libertad para la mujer. Es, en este sentido, su canto de cisne.

En el prólogo a la novela dice la autora que empezó a escribirla en 1849 y que la terminó en 1853. Hace notar que en esos cuatro años han ocurrido sucesos históricos y científicos que han transformado el mundo en que vivía: «Han caído tronos, han pasado repúblicas, se han levantado imperios, y se han puesto en comunicación las gentes de los dos polos por medio de unos alambres»¹.

Comenta que cuatro años «no son mucho vivir» cuando se viven en la infancia o primera juventud, pero «cuando nos acercamos al otoño de la vida, y la vida es de mujer, esos cuatro años son un siglo».

¿Cuál ha sido esa transformación tan grande en la vida de Carolina, que al terminar la novela contaba treinta y cuatro años? El gran cambio ha sido que se ha casado dos años antes y ha tenido un hijo, situación que diríamos propicia al optimismo si no se tratase de la época romántica, en la que los treinta años, además de ser la edad de funestos desengaños para los poetas, era para las mujeres el comienzo del otoño vital.

Casarse y ser madre era la meta deseada en la vida por la inmensa mayoría de las mujeres, aquello que colmaba sus aspiraciones, pero da toda la impresión de que no lo es para Carolina, que acepta ese destino de mujer con la misma resignación y amargura con que lo acepta Luisa Sigea, la protagonista de la novela.

En realidad *La Sigea*, bajo una leve y fantaseada trama histórica, lo que está contando es la historia de dos mujeres que no pueden unirse al hombre que aman ni quedarse solteras como sería su gusto, y que acaban una en el claustro y la otra casada sin amor para ajustar su vida a lo que la sociedad exige de las mujeres: ser monja o ser madre. A la historia de doña María, princesa de Portugal, y a la de Luisa Sigea, la sabia humanista que enseña en su corte, hay que unir la historia de Catalina de Ataíde, la musa de Camoens, que también acaba casada con un hombre al que no ama.

Estos tres personajes femeninos van a permitir a Carolina dar forma a unas reflexiones muy pesimistas sobre el papel de la mujer en la sociedad y, también creo, sobre su propia biografía.

Digo creo, porque pruebas no existen, sólo interpretaciones de textos, que parecen aludir a situaciones personales. La vida sentimental de Coronado sigue siendo un misterio. Escribe apasionados poemas amorosos a un hombre que no sabemos quién es y que ella asegura que ha muerto. Pero tal muerte es simbólica, como le explica en una carta a su protector literario Hartzenbusch: desde los diecisiete años hasta los veintiocho que tiene cuando le hace esa confidencia ha padecido una «dolencia» amorosa de la que al fin se ve libre. Más adelante hablará de él como de un marino muerto en el mar, pero todo ello, igual que el nombre del Alberto, al que dedica sus poemas, son cortinas de humo lanzadas para ocultar un amor imposible o prohibido².

Aparte de sus versos, el único testimonio sobre sus sentimientos es esa carta al protector y amigo al que en un momento dado abre su corazón y le confiesa una larga debilidad ya superada en ese momento. Después Carolina se casa, abandona sus reivindicaciones feministas y casi el cultivo de la literatura. Cuando escribe, lo hace ya

dentro de los más estrictos cánones marcados para las mujeres por la sociedad de su época. Y su marido no le inspira ni un solo poema de amor, cosa curiosa en quien había escrito tan apasionados versos.

En el prólogo a *La Sigea* dice Coronado: «he leído con sorpresa la primera parte de mi novela, sin poder reconocer a la autora de ella, y juzgándola como si el yo de entonces fuese enteramente distinto del yo de ahora». Dice que su deseo hubiera sido «destruir lo empezado y no darle conclusión», que antes le inspiraba audacia «el saber que sólo el público indiferente había de leer mis escritos» pero ahora la acobarda «la idea de que más tarde haya de leerlos mi hija».

El prólogo está fechado en 1853 y en ese momento Carolina no tiene hijas, que nacerán más tarde, sino un hijo, Horacio, que morirá en 1854 a la edad de dos años. La hija siguiente, Carolinita, nace en 1857 y muere a los dieciséis años. La palabra «hija» se trata por tanto de una errata nunca corregida. En cuanto al sentido de esa frase, es posible que a Coronado en ese momento le coarte el pensamiento de que su hijo vaya a leer en el futuro lo que ella escribe. Lo que sus hijas pensasen no parece que le haya importado, a juzgar por el modo en que mangoneó a su gusto a lo largo de los años a Matilde, la única que sobrevivió, desanimándola incluso en sus intentos de escribir y pintar³. El hecho de que en ese momento hable en esos términos puede interpretarse como una preocupación por representar bien el papel de madre que ahora le toca asumir.

En cuanto a su declaración de no reconocerse en la autora de la primera parte, nos hace pensar que el planteamiento de la novela debió de ser diferente a su conclusión: menos pesimista, más rebelde, menos acomodado a las exigencias sociales. El tema se prestaba a ello: Tanto Luisa Sigea como doña María de Portugal, que mantenía una Academia literaria en la corte, podían ejemplificar el modelo de mujer que a Carolina le gustaría ser. Eran, en la versión de Coronado, sabias, artistas y guapas.

Luisa Sigea fue una erudita del siglo XVI, respetada por sus grandes saberes, autora de varios libros en latín y preceptora de la infanta doña María, en la corte portuguesa. Se casó con un noble español y murió joven a los treinta y ocho años.

Doña María era hija de don Manuel y hermana del rey Juan III. Típica princesa renacentista, reunió en torno a ella a un selecto grupo de intelectuales y fomentó una intensa actividad cultural y artística hasta su muerte.

En la versión de Coronado se destaca la juventud y la belleza de ambas. Se hace eco del tópico de que las literatas carecen de atractivo físico para rebatirlo con el ejemplo de aquellas dos damas. El tema no era indiferente a Carolina, cuya evidente belleza jugaba a veces en su contra: siendo tan guapa y tan joven no podía ser una buena escritora, porque las escritoras, ya se sabe, son viejas y feas. Es curioso ver cómo la prudente Carolina da por bueno el tópico para rebatirlo después con los ejemplos:

Dice una apreciable escritora inglesa que nada hay más difícil de hallar que una literata que no sea fea ni vieja. Efectivamente parece que las letras dan a los rostros femeniles el barniz de la fealdad y la vejez; parece que la naturaleza se complace en castigar la ambición de las mujeres eruditas marchitando en flor sus encantos y

haciéndolas ridículas desde que se hacen sabias [...] Muy pocas son las que pueden conservar el adjetivo de lindas mujeres. Este privilegio lo tuvieron, no obstante, en el siglo XVI dos ilustres literatas: La infanta doña María y Luisa Sigea ⁴.

(p. 24)

No cabe duda de que Carolina se sitúa a sí misma en el capítulo de las gloriosas excepciones, ya que participa también de ese privilegio de la belleza y la juventud, unidas al talento.

La trama -disparatada- de la novela hace que doña María y Luisa se enamoren de don Juan de Austria, que está en la corte de incógnito y que es perseguido por la inquisición por estar enamorado de una Venus de mármol. Doña María, para huir de los matrimonios de razón de estado a los que su condición de princesa real la obligan, decide ingresar en el claustro, pero lo que realmente desea es morir. La Sigea le reprocha ese deseo y le dice que para alcanzar la gloria debe sufrir todavía una serie de pruebas en el mundo.

Las pruebas de que le habla poco tienen que ver con la historia de doña María y tampoco se ajustan a las sufridas en vida por Luisa Sigea. Más de un siglo después de su muerte, apareció en Grenoble una obra muy obscena atribuida a la escritora, traducida al latín por un J. Meursius. La obra se supone que fue escrita por su editor, el francés Nicolas Chorier, aunque no se sabe con seguridad. Coronado toma este episodio y, con flagrante anacronismo, lo sitúa en vida de *La Sigea*.

Pero las pruebas a las que se refiere en la novela no parecen referirse a dificultades de orden intelectual, a una calumnia sobre la obra. Más bien parecen evocar un calvario sufrido por la propia autora y no por sus personajes históricos:

Es preciso que améis a un hombre, que este hombre no pueda ser vuestro; que luche vuestro espíritu con vuestro corazón; vuestros deseos con vuestro deber; que perdáis en la lucha vuestra salud y vuestra belleza; que tras largas horas de terribles insomnios, de lágrimas ardientes, de dolorosos gemidos, triunféis al fin de vos misma; y que después de este sacrificio, cuando vayáis a cantar el himno de victoria, os calumnién los hombres.

(p. 58)

A mí, el párrafo me recuerda los once años de dolencia amorosa que Carolina le confesaba a Hartzenbusch haber padecido.

¿Fue víctima la propia Carolina de alguna calumnia?, ¿sus apasionados poemas de amor le crearon algún problema en la sociedad en que vivía? En la novela se suceden las diatribas contra los hombres que manchan con mentiras la buena fama de mujeres escritoras.

La primera tiene lugar al final del capítulo IX de la primera parte, a propósito de la figura del fraile Juan Meurcio⁵, que calumnió a la Sigea atribuyéndole un libro «infame», escrito por él mismo. Carolina, en una digresión típica de la novela de la época, confiesa su desagrado a hablar de este personaje.

Registré los archivos portugueses y hallé por fin los documentos que necesitaba para arrojar a la execración de las escritoras el nombre de este impostor. Mi alma, destemplada por la indignación, pierde esta vez su natural indulgencia para vindicar el honor de una dama ilustre, maestra de príncipes, noble doncella, esposa respetada y madre amorosa.

Con la excepción de maestra de príncipes, las cualidades de Sigea se podrían aplicar a Coronado, que quiere elevarse del caso particular al general:

Ese abismo de perdición que han abierto algunos hombres egoístas y perversos para hundir las reputaciones de las damas que se adelantan a conquistar la gloria es preciso cegarlos con la tierra de sus propios cuerpos, y el de Juan Meurcio es el primero que rueda hasta la profundidad llevándose consigo la ignominia de sus libros apócrifos.

(1, p. 116)

El alegato siguiente está puesto en boca de Sigea, que pide la muerte para Meurcio, pero fijémonos que lo hace en términos que se puede aplicar a cualquiera que calumnie a las escritoras honestas:

¡Una sentencia de muerte contra los asesinos de la fama, contra los impostores que usan del nombre de una dama honrada para escribir vergonzosas frases que nunca hasta ahora han manchado mis ojos puros! [...] ¡Una sentencia de muerte para el que mata con una calumnia la gloria de mi sexo, que he querido hacer brillar a fuerza de penosas tareas, de fatigosos insomnios, destruyendo mis fuerzas, aniquilando mi vida!».

(1, p. 168-169)

Y a continuación dice palabras muy semejantes a las de Carolina cuando le explica a Hartzenbuch sus dificultades para instruirse: «Señor, he sido sola para disipar mi ignorancia, sola para esclarecer mi inteligencia, sola para elevar mi espíritu»⁶.

En el caso de Luisa Sigea esto no era cierto, pues su propio padre le enseñó latín siendo niña, y eso se cuenta en la novela, de modo que entra en flagrante contradicción con lo ya escrito. Da la impresión de que, de vez en cuando, Coronado se olvida de su personaje y habla de sí misma, de sus problemas, de sus sentimientos y de su visión del amor y de la vida, que como ya señalamos al comienzo, y contra lo esperable, en ese momento es más bien pesimista.

El odio que Juan Meurcio siente por Luisa Sigea, a quien pidió como esposa cuando ella tenía dieciséis años, no lo ve Carolina como producto de una pasión amorosa contrariada sino como producto de la envidia. Y su propuesta de matrimonio no le parece inspirada por el amor sino por el deseo de esclavizar una inteligencia superior:

Si analizamos el sentimiento que impulsaba a Juan Meurcio a tomar por esposa a la Sigea no descubriremos tal vez el del amor sino el de un empeño tiránico por esclavizar una inteligencia de mujer que reconocía superior a la suya y a la de muchos hombres estimados por poetas y respetados por doctos.

(1, p.125)

Partiendo del caso particular, generaliza y no salen los hombres muy bien parados del análisis:

Fuerza es confesarlo, la envidia es uno de los defectos que entre otros muchos han atribuido los hombres exclusivamente al bello sexo para aliviarse de los que abruman su condición, pero que les es tan peculiar como la soberbia, como la ambición y como el egoísmo.

(1, p. 126)

De esos defectos, el de la envidia es el que provoca los ataques contra las mujeres escritoras:

De la envidia procede esa guerra sorda que las medianías han hecho en todos los tiempos a las escritoras, y de la envidia procede esa resistencia tenaz a concederles la palma que su talento conquista. Ya lo hemos dicho, hay una secta de hombres implacables que con su odio colectivo a todas las mujeres ilustres, antiguas y modernas, se han armado de la

sátira, del desprecio y de la calumnia.

(p. 126)

El matrimonio es muchas veces, según Coronado, el medio de que se valen esos hombres mediocres para neutralizar el talento de mujeres superiores a ellos:

Para que Juan Meucio perdonase a Luisa Sigea la osadía de haber nacido con más talento que él era preciso que le aceptase por dueño y mentor. Él hubiera detenido el vuelo de su inteligencia, hubiera destruido las flores de su poesía, hubiera llenado su conciencia de preocupaciones para hacerla tímida, humilde y medrosa, y garantizar su obediencia, hasta que la convirtiera en una beata estúpida del siglo diez y seis.

No parece que Carolina Coronado esté criticando algo que sucedía tres siglos antes, sino a una situación que en su época seguía siendo habitual. Las pesimistas reflexiones que cierran la novela confirman esta interpretación.

Luisa Sigea se despide de la infanta doña María en la celda del convento en el que ésta ha ingresado, aunque sigue amando a don Juan de Austria, y allí le confiesa que ella también lo ama, pero que no volverá a verlo porque ha decidido casarse. No sabe todavía con quien, pero eso, al parecer, carece de importancia; lo único que importa es que sea un caballero.

Cuando doña María le pregunta si tiene esperanza de amarlo algún día, la respuesta de Sigea es contundente: Ninguna. Cuando le pregunta cómo podrá ser dichosa en esa situación, Sigea responde que no pretende ser dichosa sino útil a la sociedad, y justifica su actitud con estas palabras:

No hay, doña María, sino dos maneras de justificar el honroso nombre de mujer que nos da el mundo, o consagrándose como vos a Dios [...] o consagrándose a los deberes de esposa y madre. Una mujer célibe fuera del claustro es como el arroyo helado que ni sirve para fecundar los campos que atraviesa, ni sirve para calmar la sed del pasajero.

(2, pp. 167-167)

La princesa pregunta de nuevo si cree que así hará dichoso al hombre con quien va a unirse. Responde Sigea: «Sí, porque no teniéndole amor le tendré un profundo respeto, que es el afecto más grato al corazón del hombre».

«¡Extraña idea!», dice la infanta, sorprendiéndose, como se sorprende cualquier lector, de que el respeto sea más estimado por un hombre que el amor. De la respuesta de Sigea parece deducirse que el hombre es incapaz de amar porque carece de la capacidad de abnegación y sacrificio que el amor requiere: «Princesa, el hombre no es el mejor ejemplo que Dios ha dado a la humanidad para hacernos admirar las virtudes de la gratitud y de la abnegación. El amor está lleno de sacrificios».

Cree Sigea que el amor iguala los derechos de hombres y mujeres y piensa que eso no satisface al hombre, que desea siempre dominar: «El amor, además, nivela los caracteres e iguala los derechos de ambos sexos, y el hombre no se conforma con ese nivel ni está satisfecho más que con el dominio de la autoridad».

Duda Sigea, y creemos que también Coronado, de que esta situación cambie en un futuro remoto. De momento lo mejor que puede hacer la mujer es buscar un «dueño» conveniente:

Ignoro si en los siglos venideros llegarán las mujeres a conquistar el espíritu del hombre hasta identificarle con el suyo, pero en el siglo presente no es un compañero, doña María, es un dueño lo que nosotras debemos elegir: y a ese dueño yo estoy cierta de hacerle muy feliz con mi solicitud, con mi fidelidad, con mi paciencia y con mi sumisión...

Sus palabras, que ella misma considera amargas, parecen dirigirse no solo a doña María sino a sus lectoras, y deja bien claro que sus ideas son fruto de su experiencia y que ha llegado a ellas con dolor: «Perdonad si os parece amarga esta doctrina que no he aprendido sino con lágrimas muy acerbas» (2, p. 168).

Según este final, la enseñanza que se desprende de la novela es que el destino de la mujer no puede ser otro que el prescrito por la sociedad de su tiempo: o consagrarse a Dios o ser esposa y madre. La mujer soltera, por muchos conocimientos que atesore, será socialmente inútil, como ese arroyo helado que no sirve para calmar la sed ni para fertilizar los campos.

Creo que el personaje de Luisa Sigea le sirvió a Carolina Coronado para expresar su propio fracaso sentimental y social: desengañada de un amor imposible y cansada de la lucha por la igualdad, se inserta por completo en los cánones de la sociedad decimonónica, casándose con un hombre conveniente y abandonando el cultivo de una literatura comprometida. A partir de ese momento Coronado no podrá ser objeto de críticas porque es ya la señora de un caballero inglés. Se acabaron los poemas de amor y los intentos de rebeldía.

En el poema «Último canto», en el que hablaba de sus contradicciones, de la lucha entre la escritora y la mujer en la que se debatió durante años, adelantaba un final pesimista:

Tal ansiedad me consume,

tal condición me quebranta,
roca inmóvil es mi planta,
águila rauda mi ser...
¡Muere el águila a la roca
por ambas alas sujeta;
mi espíritu de poeta
a mis plantas de mujer!

La conclusión al final de *La Sigea* es que triunfó la parte más acomodaticia: la mujer sumisa y paciente que la sociedad deseaba. Quizá su mejor disculpa sean esas acerbas lágrimas que le costó la derrota a la mejor parte de Carolina Coronado.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo